

PROPAGANDA

LA NOVELA FEMENINA
CINEMATOGRAFICA



¡HAY QUE SONREIR!

POR
MONTY BANKS

N.º 131

30 cts.

La Novela Femenina Cinematográfica

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Publicación semanal de asuntos de películas

Redacción y Administración:

Vía Layetana, 12 - Teléfono 4423 A - Barcelona

Año III

N.º 131

¡Hay que sonreir!

*Divertidísima comedia, interpretada por el cé-
lebre actor MONTY BANKS*

EXCLUSIVA DE

PRINCIPE FILMS, S. L.
SAN SEBASTIÁN

Representante para Cataluña, Aragón y Baleares

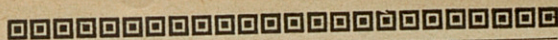
FILMS PIÑOT

Calle Valencia, 228 - BARCELONA

Prohibida la reproducción.

Revisado
por la censura gubernativa.

J. Horta, impresor - Cortes, 719.-Barcelona



¡ HAY QUE SONREIR !

Argumento de la película

I

Bajo un cielo cubierto por negros nubarrones que, a veces, iluminaba con su siniestra luz azulada el resplandor de algún relámpago, y a merced de las enfurecidas olas del verano, uno de los correos que hacen la travesía del Pacífico luchaba desesperadamente por mantenerse a flote y salvar a su numeroso pasaje de la voracidad creciente del temporal.

Pero llegó un momento en que toda defensa era inútil. El navío, desarbolado, con grandes vías de agua abiertas en sus costados, se

hundía irremisiblemente, arrastrando al fondo del mar numerosas vidas.

El capitán, con la entereza y rapidez que el caso requería, organizó el salvamento ordenando que los primeros en ocupar los botes fuesen las mujeres y los niños. No poco trabajo le costó que tales disposiciones se acataran. Los hombres, poseídos de un pánico insuperable, se agolpaban a las bordas y, atentos sólo a su propia salvación, olvidaban el respeto debido a los débiles. Muchos maridos fueron arrancados de los brazos de sus esposas e hijos que se abrazaban a ellos prefiriendo morir juntos a una separación eterna.

Entre estas mujeres amantes se contaba la señora Wilson, que con uno de sus brazos se abrazaba al que fué compañero de su vida y con el otro sostenía al pequeño Melanio, el fruto de su amor.

Los marineros, obedientes a las órdenes de su capitán, la obligaron a ocupar con su hijo uno de los botes de salvamento.

Y, poco después, el gran navío se sumergía en las revueltas olas, arrastrando consigo ilusiones, energías, vidas, en una palabra, pléto-ras de fortaleza.

II

Veinte años después, en una pintoresca playa de pescadores, la señora Wilson trabajaba afanosamente para atender a su sostenimiento y al de su hijo Melanio que, no obstante trabajar también con ahinco, no había logrado aún que su labor fuera remunerada.

El recuerdo de la tragedia en que halló la muerte su padre había despertado en el alma, algo simple, de Melanio un horror invencible al mar. Desde muy joven, sólo pensó en descubrir un medio de vencer las asechanzas del monstruo engendrador de olas mediante los conocimientos que la ciencia le suministraba.

Su madre tenía plena confianza en el triunfo de su hijo y este optimismo lo compartía también el farmacéutico de la aldea que puso a disposición del poven inventor su bien provisto laboratorio. En él se pasaba Melanio los días enteros y gran parte de las noches estudiando reacciones y combinando fórmulas para

hallar la que había de dar realidad a sus aspiraciones.

El invento a que dedicaba tanta actividad y diligencia era un cinturón salvavidas que hiciese imposible la inmersión y permitiese sostenerse indefinidamente al náufrago sobre las olas.

El aparato consistía en una especie de neumático que se llenaba de unos gases especiales, precisamente al ser surmegido en agua.

En el hallazgo del producto que había de producir el gas milagroso, trabajaba en la actualidad Melanio y, ahora, se encontraba próximo a obtener el premio de sus desvelos.

Aquella misma tarde un viejo marino mostró en la playa a la madre del inventor, un periódico en el que se insertaba un anuncio del armador Jorge Ryan, ofreciendo un valioso premio al que presentase en sus talleres un aparato que garantizase las existencias de los pasajeros de sus buques.

La señora Wilson, radiante de alegría, fué en busca de su hijo para comunicarle la grata noticia.

En aquel mismo instante, Melanio realizaba por primera vez, con éxito, el ensayo de su

invento. La satisfacción de todos, incluso la del farmacéutico-constructor, no tuvo límites. Ya se veían millonarios y se imaginaban la gloria que al simple Melanio esperaba.

III

El armador Jorge Ryan era uno de los hombres más ricos de Boston. Poseía para su recreo y para el de sus amigos un magnífico yate, a bordo del cual se celebraban suntuosas fiestas y se realizaban animados cruceros.

Aquel día, sobre la cubierta del yate, se hallaban reunidos los íntimos de Ryan. Todos ellos rendían tributo de admiración y afecto a la bella Rosita Ryan, hija del armador y uno de los partidos más codiciados entre la juventud de Boston.

Entre los pretendientes de Rosita el que más posibilidades de éxito parecía tener era el deportista Jaime Breng, considerado como uno de los más arriesgados campeones de regatas.

Precisamente aquella tarde, bajo la toldilla del yate Ryan, las conversaciones versaban sobre las próximas carreras internacionales de canoas automóviles.

La lucha prometía ser pródiga en emocionantes incidentes y los corredores que con más partidarios contaban eran Jaime Breng y el propio Ryan, cuya canoa era el último modelo construido en los talleres del rico armador.

Por si las excelencias del motor y el perfeccionamiento general de la construcción no fuesen bastantes, Ryan dió aquel día a sus invitados una noticia que aumentó las esperanzas de triunfo.

—Comprendiendo — dijo — que en esta prueba un *amateur* vulgar no estaría en condiciones de competir con rivales peritísimos, he decidido que tripule mi canoa el famoso campeón Bordino, de quien se afirma que jamás fué vencido.

Rosita parecía un poco extraña al interés que todos ponían en el próximo concurso. Contemplaba con atención el bello panorama de la costa cercana, extasiándose ante los múltiples accidentes del terreno que ofrecía al pie de montañas gigantes coronadas de nie-

ves perpetuas, el esplendor de dilatados valles cubiertos de verdura entre la que, a veces, emergía la blancura deslumbrante de una aldea.

Al cruzar frente al pueblecito pesquero donde la señora Wilson y su hijo hallaron refugio hacía veinte años, Rosita no pudo contener su curiosidad y rogó a su padre:

—Esa aldea debe ser encantadora. ¿Quieres, papá, que desembarquemos unos instantes en ella?

El señor Ryan consultó con sus invitados y todos aceptaron con regocijo la proposición de la muchacha.

Unos instantes después saltaban a tierra. Rosita tuvo la mala fortuna de tiznarse de alquitrán sus blancas y diminutas manos. Y, cuando Jaime Breng se disponía a ofrecerle su pañuelo, Sultán, el perro favorito de la hija del armador, se lo arrebató y huyó llevándolo entre los dientes. El deportista corrió detrás del revoltoso animal y Rosita quedó defraudada en sus pretensiones de limpieza.

Melanio, deseoso de ensayar su flamante invento, había llegado hasta la orilla del mar, ciñendo el cinturón salvavidas. Pero el horror que el agua salada le producía le hizo desistir.

aún de la satisfacción de comprobar el resultado de sus largas experiencias.

En aquel momento, descubrió a Rosa Ryan y presencié la fechoría del perrito. Lleno de timidez, pero atraído por la belleza de la señorita desconocida, se acercó a ella y le ofreció su burdo pañuelo.

Rosita le rogó que él mismo se tomase la molestia de limpiarle las manos, pues como tenía ambas sucias no podría hacerlo con eficacia por sí propia.

La operación era seductora para cualquiera que no hubiese tenido la simplicidad de espíritu del bueno de Melanio. A él le pareció labor hartamente ardua aunque se aplicó a ella con bastante esmero.

Al fin Jaime Breng consiguió dar alcance al rebelde Sultán y lo entregó a su ama. Pero el animalito estaba dispuesto aquel día a dar disgustos y se negó a obedecer a Rosita cuando ésta pretendía que le siguiese, no obstante hallarse sujeto por fuerte cadena. La lucha comenzó sobre un entarimado construido sobre el mar. Sultán retrocedía y procuraba escapar de las manos que le retenían. Al cabo, el collar del perrito se escapó del cuello que aprisiona-

ba y Rosita, que tiraba continuamente de la cadena, cayó al mar desde el alto tablado.

Melanio, que también presencié esta escena, dudó bastante en lanzarse en socorro de la joven, que lo demandaba con insistencia luchando con las olas, no obstante llevar ceñido a la cintura su famoso invento. Pero, al fin, pudo más el sentimiento de hidalguía que el terror a las amargas olas y se precipitó en el mar dispuesto a perecer o a rescatar a la infortunada Rosita.

Afortunadamente las personas que presenciaron lo ocurrido acudieron en auxilio de Melanio y de la hija del armador. De lo contrario ambos hubiesen permanecido indefinidamente en aquel poco agradable baño, porque el cinturón del inventor dió los maravillosos resultados apetecidos y Rosita se abrazó con tal ahinco a su salvador que aun después de ser sacados a tierra costó trabajo separarlos.

No obstante el susto pasado, Melanio quedó entusiasmado por el éxito obtenido con su cinturón salvavidas y decidió presentarse ante el señor Ryan, a quien no reconoció durante su accidentada permanencia en la aldea pesquera, y ofrecerle su invento.

Desde su regreso a Boston, Rosita se mostraba incansablemente triste. De su imaginación no se apartaba el recuerdo de aquel bravo joven que, con desprecio de la propia vida, se había lanzado a las revueltas olas para salvar la suya. Recordaba con emoción la escena en que él le limpió las manos manchadas de alquitrán y sobre todo aquel apretado abrazo con que lo recibió al acudir en su auxilio.

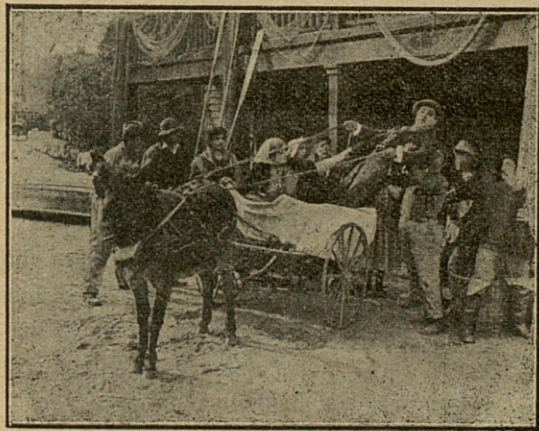
El señor Ryan se motraba admirado de aquella profunda impresión que en su hija había producido el simple e ignorante pescador. Con frecuencia la reprendía cariñosamente por su continuo ensimismamiento. Pero ella lo justificaba afirmando con entusiasmo:

—¡Es un héroe, papaíto, un verdadero héroe! ¡Si hubieses visto el arrojo con que acudió en mi auxilio sin temor a la mar ni a los peces!

La misma noche en que Melanio, ataviado con sus mejores galas pueblerinas, abandonaba a los suyos, y provisto de una carta de recomendación para el señor Ryan llegó a Boston, se celebraba una alegre fiesta en la suntuosa residencia del armador para festejar la

víspera de la celebración de las interesantes regatas de canoas automóviles.

El señor Ryan había recibido un cablegra-



La misma noche en que Melanio, ataviado con sus mejores galas pueblerinas, abandonaba a los suyos...

ma de su corresponsal en Londres anunciándole la inmediata llegada del famoso corredor Bordino quien, efectivamente, llegó a Boston en el mismo tren que lo hizo Melanio.

Ambos se dirigieron directamente a indagar el domicilio del señor Ryan al local donde estaban instaladas las oficinas de la Sociedad de Navegación de la que aquél era Gerente.

A la señorita que salió a recibirle, mostró Bordino la carta que había de servirle de presentación al señor Ryan. En ella aparecía escrito a máquina el nombre del destinatario y la dirección de las oficinas.

Igual texto con idéntico tipo de letra rezaba en el sobre de la carta de Melanio.

La señorita a quien Bordino interrogara dió al famoso corredor las señas de la residencia particular del señor Ryan. Melanio, que se hallaba cerca, tomó buena nota de aquella dirección en uno de sus flamantes puños.

La carta de Bordino cayó al suelo cuando su poseedor, inadvertidamente, trató de devolverla al bolsillo de donde la extrajera para presentarla a la señorita oficinista.

Melanio había pisado la pastilla de cera con que el portero de la casa limpiaba el entarimado del suelo. Al poner, sin darse cuenta, uno de sus pies sobre la carta de Bordino, el sobre quedó adherido al tacón de la bota.

El inventor salió a la calle detrás de Bor-

dino. Y, poco después, al doblar una esquina, ambos se dieron un fuerte encontronazo y la carta de presentación de Melanio, que éste lle-



Melanio, que se hallaba cerca, tomó buena nota de aquella dirección en uno de sus flamantes puños.

vaba en la mano, cayó al suelo, y el famoso deportista naval la recogió creyendo que era la suya.

El desconsuelo de Melanio por tan impor-

tante pérdida no tuvo límites. Sin embargo, no se dió por vencido y se puso a buscar afanosamente el precioso documento.

Al fin reparó en el sobre adherido al tacón de su zapato y no dudó que se trataba de la carta perdida...

La fiesta en casa del señor Ryan llegaba a aquella hora a su mayor esplendor. Todos se mostraban alegres y satisfechos, excepto Rosita, de cuya imaginación no se apartaba el héroe de sus sueños.

Jaime Breng se esforzaba en distraerla, sin conseguirlo.

La amargura de la muchacha llegó al colmo al sorprender la conversación que su pretendiente entabló con el señor Ryan.

El armador afirmó al deportista:

—Si mañana consigue usted triunfar en las regatas, no creo pueda contar con mi admiración sino que me comprometo a entregarle el más preciado de mis tesoros.

Breng indagó, radiante de alegría:

—¿De verdad me concederá la mano de su hija si venzo en las carreras?

—Le doy mi palabra.

Rosita palideció. Y cuando su padre quedó

solo se le acercó increpándole dolorosamente:

—¿Es posible, papaíto, que me prometas a un hombre a quien sabes que no amo ni puedo amar?

—Tranquilízate, hija mía — replicó Ryan—. Nunca hubiera hecho esa promesa si hubiese la menor posibilidad de que Breng triunfase. Pero tripulando mi canoa el invencible Bordino ese temor no es posible.

Breng, satisfecho por las palabras de Ryan, fué de nuevo al encuentro de la que ya juzgaba como su prometida.

Rosita continuaba entregada a sus melancólicos pensamientos.

—¿Sigue usted pensando — la preguntó Breng — en aquel patán de la aldea de pescadores?

Se revolvió ella furiosa:

—Y a usted, ¿que le importa?

Y con los ojos arrasados de lágrimas salió del salón y se encerró en la habitación, decidida a no volver a la fiesta.

A solas, se dedicó a contemplar un sencillo medallón que su doncella encontró enganchado a las ropas con que cayó al mar y en el que aparecían los retratos del héroe y de

sus sueños y de una anciana que ella adivinó ser la madre de aquél.

Pocos momentos después llamaron a la puerta de la casa y un ceremonioso criado acudió a franquear la entrada.

El que llegaba era Melanio, portador de la carta que creía de su pertenencia y de un maletín donde guardaba el primer modelo del invento.

La indumentaria nada elegante del pueblerino había sufrido serios desperfectos a consecuencia de los incidentes sufridos en la calle y en las oficinas de la Sociedad Naviera.

El criado miró no con muy buenos ojos a aquel extraño y poco apetecible personaje. Sin embargo, recogió la carta que se le presentaba, y recomendando al visitante que no se moviese de la entrada, marchó a hacer entrega de ella al señor Ryan.

Pero la presencia del pueblerino en la casa fué descubierta por Jaime Breng quien, adivinando en él un peligro para sus proyectos matrimoniales, se le acercó increpándole con dureza:

—¿Se puede saber a qué ha venido usted aquí?

—Pues veré, señor, veré — replicó todo azorado Melanio—: yo soy inventor ¿sabe usted? y he venido... pues he venido... eso... he venido a ofrecer al señor Ryan mi último y prodigioso invento.

Breng abrió la puerta de la calle y ordenó con violencia:

—Al señor Ryan no le interesan para nada sus inventos. Ya se está marchando con viento fresco y no vuelva a pisar esta casa si no quiere rodar por la escalera.

Y uniendo la acción a la palabra, le empujó y cerró la puerta cuando hubo salido.

Mientras tanto, el criado entregaba la carta al armador, quien rompió el sobre y leyó el siguiente contenido:

Respetado señor Ryan: El portador de esta carta es el famoso Bordinó en cuya historia de portista no figura ni una sola derrota.

Le he contratado siguiendo sus instrucciones y tengo la absoluta certeza de que a bordo de su canoa automóvil conseguirá un resonante triunfo.

Trátelo con cierta consideración, pues se trata de un hombre bastante quisquilloso.

De usted afmo. s. s. q. é. s. m.

William Witter.

El señor Ryan ordenó al criado que hiciese pasar inmediatamente al portador de aquella carta.

Pero cuando el criado llegó a la antesala quedó asombrado de la desaparición del visitante. Sin embargo, al abrir la puerta de la calle, Melanio, que estaba decidido a no marcharse sin ver al que esperaba fuese su favorecedor, hizo una entrada violentísima por hallarse apoyado contra el quicio.

El dueño de la casa, impaciente por saludar al fomoso deportista acudió en su busca a la antecámara, y lo saludó con la más sincera de las efusiones asegurándole, antes de que Melanio pudiese pronunciar una palabra:

—Muy bien, señor mío. Desde luego acepto todas las condiciones que usted exija.

El inventor se creyó transportado al mejor de los cielos. Aquella acogida era mucho más

de lo que él podía esperar. Sin embargo, quiso hacer algunas observaciones:

—Yo he venido... — comenzó a decir.

Pero el señor Ryan no le dejó continuar.

—No es momento oportuno para hablar de negocios. Pase y le presentaré a mis invitados.

Entonces reparó en el deterioro de las ropas del supuesto Bordino y comprendió que había de hacer mal papel entre gentes vestidas con arreglo a los cánones de la más rigurosa etiqueta. Reflexionó unos instantes y luego dijo al criado:

—Acompaña al señor a mi cuarto y proporciónale un traje de etiqueta de mi sobrino que seguramente le estará bastante bien.

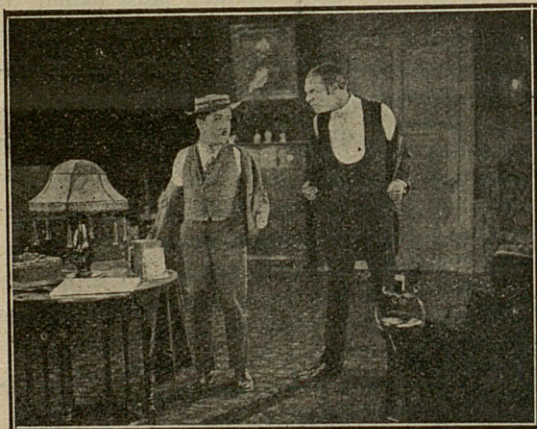
Melanio se vió forzado a seguir al doméstico sin replicar palabra.

En la habitación del sobrino del señor Ryan se transformó completamente. El pueblerino quedó convertido en un elegante en cuyo vestuario sólo había que lamentar la excesiva longitud de los zapatos de charol. Pero era el único calzado disponible y Melanio tuvo que aceptarlo aunque al andar se lo iba dejando por todas partes.

Una vez concluída su metamorfosis descen-

dió al salón donde la fiesta se celebraba y donde el señor Ryan lo presentó a sus invitados.

—Tengo el honor de dar a conocer a uste-



En la habitación del sobrino del señor Ryan se transformó completamente.

des — dijo — al famoso Bordino, el tripulante invencible.

Melanio quiso protestar de aquella equivocación acerca de su personalidad. Pero los

elogios generales que sobre él llovieron le cortaron la palabra.

Breng fué el único que no confundió la identificación del pueblerino. Se acercó a él y, con una sonrisa irónica, le felicitó.

—Es para mí un gran placer saludar al rey de los mares.

Melanio pudo, al fin, desahogarse.

—Perdone, señor — declaró a Breng—. Yo no soy ese Bordino que tanto alaban ustedes. Yo soy...

Breng le interrumpió:

—No siga. Estoy convencido de que usted tiene de Bordino lo que yo de turco. Pero es necesario que continúe esta comedia, pues, de lo contrario, el señor Ryan lo pondría de patitas a la calle sin escuchar sus disculpas. Procure representar su papel con toda naturalidad dejando esa cara de espanto. ¡Hay que sonreír!

Mientras Melanio, siguiendo los consejos interesados del pretendiente de Rosita, acogía con la mejor de sus sonrisas las felicitaciones de los invitados de Ryan, llamó a la puerta de la casa el auténtico Bordino y entregó al criado que salió a recibirle la carta que él

creía ser la de su presentación, pero que en realidad era la que Melanio había traído de su pueblo.

El criado la entregó al armador que leyó su contenido redactado en la siguiente forma.

Señor don Jorge Ryan.

Muy señor mío: Escudado en nuestras relaciones financieras, me permito presentarle al joven Melanio Wilson, que acaba de realizar un invento que espero ha de interesarle.

Le agradeceré lo acoja con benevolencia.

De usted afmo. s. s. q, e, s, m,

Daniel Smith

Banquero

El señor Ryan no se encontraba dispuesto en aquellos momentos para soportar a un visitante que, seguramente, había de molestarle con enojosas explicaciones. Por ello ordenó al criado:

—Diga a ese caballero que lo lamento mucho pero no puedo recibirle. Que vuelva dentro de un par de días.

El auténtico Bordino, al recibir aquella respuesta se indignó hasta el punto de increpar al doméstico diciéndole:

—Advierta al señor Ryan que no necesito para nada que me reciba hoy ni dentro de veinte años: ¡Ya se acordará de mí!

Mientras tanto, Melanio, convertido en héroe de la fiesta, pasaba las de Caín para poder corresponder a las continuas invitaciones que para bailar le hacían las damas. A cada paso, los zapatos se le escapaban de los pies y era preciso recuperarlos echando mano de los más estrambóticos recursos.

Sin embargo, la noche transcurrió sin más incidentes desagradables, y Melanio se retiró de casa del rico armador no sabiendo si en realidad era él o el famoso corredor Bordino.

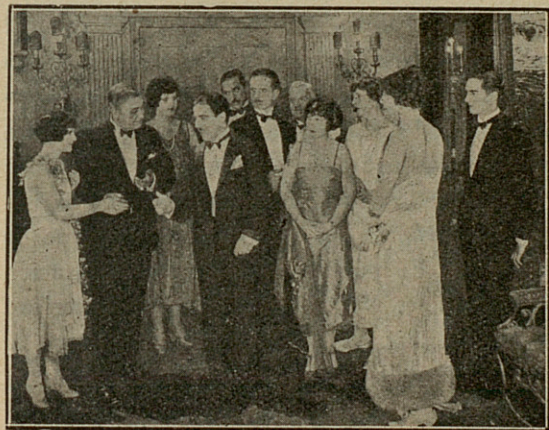
IV

La más encantada por aquella nueva personalidad del héroe de sus sueños, era Rosita, la hija del señor Ryan. Así es que al día siguiente, dos horas antes de comenzar las regatas, ya estaba ella en la playa, deseosa de estrechar la mano del objeto de sus entusiasmos juveniles.

Malanio, convencido de que era preciso continuar representando el papel de campeón deportivo y no encontrándose con los necesarios conocimientos para ello, había contratado a un viejo marinero a fin de que le diese algunas nociones sobre el manejo de las canoas automóviles.

El más fiel aliado en su falsa situación lo halló en Breng, interesado en que aquel pueblerino siguiese ocupando el puesto del temido Bordino. Así estaba seguro de vencer en las regatas y obtener la mano de Rosita con arreglo a la promesa del señor Ryan.

Para asegurar mejor su éxito sobornó al mecánico de la canoa que Melanio había de tripular, a fin de que cuando se hallase a alguna distancia de la playa inutilizase el motor



Mientras tanto, Melanio, convertido en héroe de la fiesta...

de la nave y pasase a bordo de la suya. De esta manera se proponía deshacerse de una vez del enojoso rival de sus aspiraciones amorosas.

A la hora señalada para comenzar la carrera, Melanio, no sin cierta repugnancia y alentado por la ardiente mirada de Rosita, embarcó en la flamante canoa.

En realidad, las enseñanzas del viejo marino no le habían aprovechado gran cosa. El pobre muchacho no sabía cómo meter mano en los complicados resortes del motor. Pero allí estaba el mecánico dispuesto a suplirle para obedecer las órdenes de Breng.

No bien los jueces de salida dieron la señal, el mecánico dió a la canoa el máximo de velocidad. El público estalló en una ovación indescriptible. Nunca se había visto temeridad parecida. La nave cortaba las aguas como si en vez de quilla llevase en la proa una navaja de afeitar.

Melanio era presa del más profundo espanto. Acurrucado cerca de una de las bandas se encomendaba a Dios, seguro de que su muerte estaba cercana. No quería ni mirar al mecánico y por ello no se dió cuenta en un principio de que el infiel servidor de Ryan, abandonaba la canoa, después de haber inutilizado el freno, y pasaba a la ocupada por Breng.

Cuando reparó en ello, la cosa no tenía ya

remedio. Se hallaba solo sobre aquella endemoniada barca que corría con una velocidad absurda, suficiente para hacer el recorrido del

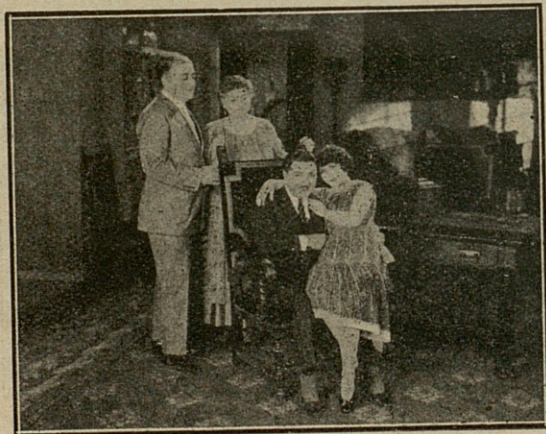


...Melanio trató, por todos los medios, de detener aquella carrera loca.

Atlántico y del Pacífico en un par de cuartos de hora.

Melanio trató por todos los medios de detener aquella carrera. Pero todos sus esfuerzos resultaron inútiles.

Así no es de extrañar que a la terminación del tiempo fijado para las regatas, los jueces proclamaran el triunfo indiscutible de Bordin.



—Ya ve, señora, por qué caminos más extraños llega la felicidad.

Desgraciadamente la canoa fué a estrellarse contra el malecón del puerto y el público quedó aterrorizado creyendo que el famoso campeón se había hecho papilla.

Pero Melanio, que se había ceñido el cinturón de su invención, no sufrió daño alguno, y pudo recibir las felicitaciones de sus admiradores con un gesto de positivo triunfo.

Su felicidad la completó el señor Ryan ofreciéndole adoptar el invento y proveer de cinturones salvavidas a todos los barcos de su flota y, sobre todo, otorgándole la mano de la enamorada Rosita.

El día antes de partir para su viaje de boda, contemplando a sus hijos el señor Ryan y la señora Wilson, decía el armador a su consuegra:

—Ya ve, señora, por qué caminos más extraños llega la felicidad. Por eso nunca debemos desconfiar de nuestra suerte. ¡Hay que sonreír!

FIN

Con esta novela exija usted la postal-obsequio de
COLLEEN MOORE

PRÓXIMO NÚMERO:

TODO CORAZÓN

por el gran caballista **Harry Carey (Cayena)**,
la simpática **Mabel Julianne Scott** y el cé-
lebre **Frank Campeau**

Postal-obsequio: **HOLMES HERBERT**

La Novela Femenina Cinematográfica
sale todos los viernes. Precio: 30 cts.

AYER APARECIÓ

el libro 92 de la selecta biblioteca

Los Grandes Films de

La Novela Semanal Cinematográfica

La luz de las candilejas

por **Elsie Ferguson, Réginald Denny, etc.**

Y

MAÑANA APARECERÁ

el libro 13 de las EDICIONES ESPECIALES de

La Novela Semanal Cinematográfica

¡ ADIOS JUVENTUD !

por la deliciosa **CARMEN BONI**

¡ SIEMPRE LO MEJOR ENTRE LO MEJOR !

A los Lectores

PIDA en todos los puntos de
venta de España y a todos
los Corresponsales, los números
que le falten para tener comple-
tas las colecciones de las publi-
caciones de

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

!! NO LO OLVIDE NI LO DEMORE !!

A los Corresponsales

Le interesa tener stocks de todos los
números de las publicaciones de

**La Novela Semanal
Cinematográfica**

Pronto: Grandes Concursos
Valiosos premios

Pida
detalles
a

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA
Via Layetana, 12. - Teléfono 4423 A. - BARCELONA

J. Horta, impresor. - Barcelona